

· VICTORIA SCHWAB ·



CONCILIO **DE** SOMBRAS

Han pasado cuatro meses desde que una misteriosa piedra obsidiana cayó en manos de Kell. Cuatro meses desde que Delilah Bard se cruzó en su camino. Cuatro meses desde que el príncipe Rhy fue herido y desde que los nefastos mellizos Dane del Londres Blanco cayeron y que la piedra fue arrojada con el cuerpo agonizante de Holland por el abismo de regreso al Londres Negro.

Ahora, inquieto tras abandonar su hábito de contrabandista, Kell tiene pesadillas sobre alarmantes eventos mágicos y no puede dejar de pensar en Lila, que desapareció por el muelle tal como lo había planeado. Mientras el Londres Rojo se prepara para los Juegos Elementales —una extravagante competencia internacional de magia pensada para entretener a los pueblos y para mantener las buenas relaciones entre los países vecinos—, cierto barco pirata se acerca, trayendo viejos amigos de regreso al puerto.

Y mientras el Londres Rojo está inmerso en el esplendor y las emociones de los Juegos, otro Londres está resurgiendo. El equilibrio de la magia siempre es un peligro y para que una ciudad florezca, otro Londres debe caer...

Para los que luchan por seguir avanzan-  
do

*La magia y el mago deben equilibrarse  
entre sí.*

*La magia en sí misma es caos. El mago  
debe ser la calma.*

*Un ser fracturado es un recipiente po-  
bre, que derrama poder sin dirección o  
medida por todas sus grietas.*

TIEREN SERENSE,  
Sumo Sacerdote del Santuario  
de Londres

UNO

LADRONA EN EL MAR



## El mar Arnesiano

Delilah Bard tenía un don para encontrar problemas.

Siempre había pensado que eso era mejor que dejar que los problemas la encontraran a *ella*, pero flotando en el océano en un esquife para dos personas, sin remos, sin tierra a la vista y sin recursos reales, salvo por las sogas que le ataban las muñecas, estaba empezando a reconsiderarlo.

Era una noche sin luna, el mar y el cielo espejaban la oscuridad estrellada hacia todos lados; solo la ondulación del agua debajo del bote marcaba la diferencia entre arriba y abajo. Ese reflejo infinito solía hacerle sentir a Lila que estaba posada en el centro del universo. Esta noche, a la deriva, hizo que quisiera gritar.

En vez de eso, entornó los ojos hacia las luces que titilaban a lo lejos; solo el tono rojizo diferenciaba los faroles de la nave de la luz de las estrellas. Y mientras miraba, el barco —*su* barco— se movía despacio, pero decididamente se *alejaba*.

El pánico trepó lentamente a su garganta, sin embargo se mantuvo firme.

«Soy Delilah Bard», pensó mientras las sogas le rasgaban la piel. «Soy una ladrona y una pirata y una viajera. Pisé tres mundos diferentes y sobreviví. Derramé la sangre de

miembros de la realeza y sostuve magia en mis manos. Y un barco lleno de hombres no puede hacer lo que yo puedo. No necesito a ninguno de ustedes. Soy única, maldita sea».

Sintiéndose bastante fortalecida, se colocó de espaldas al bote y miró adelante, hacia la noche creciente.

«Podría ser peor», razonó, justo antes de sentir que agua fría le lamía las botas, y al bajar la vista observó que había un agujero en el bote. No un agujero grande, en absoluto, pero el tamaño no era un gran consuelo; un pequeño hoyo podía hundir un bote con la misma eficacia, aunque no tan rápido.

Lila refunfuñó y miró hacia abajo, a la soga áspera bien ceñida alrededor de sus manos, doblemente agradecida de que los bastardos le dejaran las piernas sueltas, incluso aunque estuviese atrapada en un *vestido* abominable. Un cachivache verde, suelto, de falda amplia, con demasiada gasa y una cintura tan ajustada que apenas podía respirar y «¿por qué, por Dios, las mujeres se hacían esto a ellas mismas?».

El agua subió unos centímetros más en el esquife y Lila se obligó a concentrarse. Tomó el poco aire que su atuendo le permitía y consideró su escaso inventario, que rápidamente se mojaba: un solo barril de cerveza (un obsequio de despedida), tres cuchillos (todos ocultos), media docena de bengalas (otorgadas por los hombres que la habían puesto a la deriva), el mencionado vestido (al demonio con él) y los contenidos de la falda y los bolsillos de dicho vestido (necesarios si ella iba a superarlo).

Lila levantó una de las bengalas, un artefacto parecido a los fuegos artificiales que, al golpearlo contra cualquier superficie, producía un chorro de luz de distintos colores. No un estallido, sino un rayo constante lo suficientemente fuerte como para atravesar la oscuridad como un cuchillo. Se suponía que cada bengala duraba un cuarto de hora, y los diferentes colores tenían su propio código en mar abierto: amarillo para un barco que se hunde; verde para una enfer-

medad a bordo; blanco para un peligro sin nombre y rojo para piratas.

Tenía una de cada color, y sus dedos bailaron sobre las puntas de las bengalas, mientras consideraba sus opciones. Echó un vistazo al agua que seguía entrando y se decidió por la amarilla, que tomó con ambas manos y la estrelló contra el costado del pequeño barco.

La luz salió despedida de repente, enceguecedora. Partió el mundo en dos: el violento blanco dorado de la bengala y la nada profundamente negra alrededor de este. Lila pasó medio minuto maldiciendo y parpadeando para contener las lágrimas ante el brillo, mientras apuntaba la bengala hacia arriba y lejos de su rostro. Y después comenzó a contar. Justo cuando sus ojos finalmente se adaptaron, la bengala flaqueó, titiló y se apagó. Escaneó el horizonte en busca de un barco, pero no vio ninguno, y en el bote el agua continuó subiendo lenta pero constantemente por la pantorrilla de su bota. Tomó una segunda bengala —blanca para el peligro— y la golpeó contra la madera, protegiéndose los ojos.

—Vamos —susurró—. Vamos, vamos, vamos... —Las palabras se perdieron debajo del siseo de la bengala al morir y sumergirla nuevamente en la oscuridad.

Lila apretó los dientes.

A juzgar por el nivel del agua en el pequeño barco, tenía solo un cuarto de hora —el tiempo de una bengala— antes de estar real y verdaderamente en peligro de hundirse.

Entonces algo se arrastró a lo largo del costado de madera del esquife. Algo con dientes.

«Si hay un dios», pensó, «un cuerpo celestial, un poder divino o alguien arriba (o abajo) que quizá quiera verme viva un día más, ya sea por pena o por diversión, ahora sería un buen momento para interceder».

Y tras eso, levantó la bengala roja —para piratas— y la golpeó, con lo que la noche alrededor de ella se tiñó de un

carmesí espeluznante. Le recordó por un instante el río Isle en Londres. No *su* Londres —si es que el lúgubre lugar había sido suyo alguna vez— ni el Londres aterradoramente blanco que había dado origen a Athos y Astrid y Holland, sino el Londres de él. El Londres de Kell.

La imagen de Kell apareció en su mente como una bengala, con su cabello cobrizo y esa arruga constante entre los ojos, uno azul, uno negro. *Antari*. Chico mágico. Príncipe.

Lila miró directamente la luz roja de la bengala, hasta que esta quemó la imagen. Tenía preocupaciones más urgentes ahora mismo. El agua estaba subiendo. La bengala se apagaba. Las sombras serpenteaban contra el bote.

Justo cuando la luz roja de la bengala para piratas comenzaba a extinguirse, lo vio.

Comenzó como nada —un tentáculo de bruma en la superficie del mar—, pero pronto la niebla se transformó en el fantasma de un barco. El casco negro pulido y las velas negras brillantes reflejaban la noche hacia todos lados; las farolas a bordo, lo suficientemente pequeñas y descoloridas como para pasar por luces de estrellas. Solo cuando estuvo lo bastante cerca como para que la luz roja agonizante de la bengala bailara sobre las superficies reflectantes, el barco entró en foco. Y para entonces, casi estaba sobre ella.

A la luz parpadeante de la bengala, Lila pudo discernir el nombre del barco, escrito con pintura iridiscente a lo largo del casco. *Is Ranes Gast*.

*El Ladrón de Cobre*.

Los ojos de Lila se abrieron de asombro y alivio. Se le dibujó una sonrisa pequeña, íntima, y luego escondió la mirada bajo algo más apropiado, una expresión entre agradecida y suplicante, con una pizca cautelosa de esperanza.

La bengala se consumió y se apagó, pero el barco estaba al lado de ella ahora, lo suficientemente cerca como pa-

ra que pudiera ver la cara de los hombres que se asomaban por el barandal.

—¡Tosa! —gritó en arnesiano, mientras se ponía de pie con cuidado para no sacudir el pequeño navío que se hundía.

*Ayuda.* La vulnerabilidad nunca le había salido naturalmente, pero hizo lo mejor que pudo para imitarla mientras los hombres miraban hacia abajo, a ella, acurrucada ahí en su pequeño bote inundado, con las muñecas atadas y su vestido verde empapado. Se sintió ridícula.

—¿*Kers la?* —preguntó uno, más a los otros que a ella. ¿*Qué es esto?*

—¿Un regalo? —dijo otro.

—Tendrás que compartir —murmuró otro.

Algunos de los otros hombres dijeron cosas menos agradables, y Lila se tensionó, contenta de que sus acentos estuvieran tan llenos de barro y espuma de mar que ella no podía entender todas las palabras, aunque pudiese deducir su significado.

—¿Qué estás haciendo ahí abajo? —preguntó uno de ellos, cuya piel era tan oscura que sus bordes se borronaban en la oscuridad de la noche.

El arnesiano de Lila aún estaba lejos de ser fluido, pero cuatro meses en el océano rodeada de gente que no hablaba inglés sin dudas lo habían mejorado.

—*Sensan* —respondió Lila (*me hundo*), lo que le valió la risa de la tripulación ahí reunida. Pero ellos no parecían apurados por acarrearla arriba. Lila sostuvo las manos en alto para que pudieran ver la soga—. Me vendría bien un poco de ayuda —dijo lentamente, era una expresión que había practicado.

—Podemos verlo —dijo el hombre.

—¿Quién tira una cosa tan preciosa? —intervino otro.

—Quizá esté toda usada.

—Nah.

—¡Ey, muchacha! ¿Tienes todas las piezas y partes?

—¡Mejor déjanos ver!

—¿Qué es todo este alboroto? —resonó una voz y un momento después, apareció un hombre flaco como un palo con ojos hundidos y cabello negro con entradas y miró a Lila. La barrió con los ojos a ella, al vestido, el barril, el bote...

El capitán, apostó ella.

—Parece que está en problemas —vociferó él hacia abajo. No levantó la voz, pero de todos modos resonó. Su acento arnesiano era entrecortado pero claro.

—Qué perceptivo —respondió Lila sin poder evitarlo. Su insolencia era una apuesta, pero sin importar dónde estuviera, lo único que ella sabía era cómo interpretar a las personas. Y como era de esperar, el hombre flaco sonrió.

—Han tomado mi barco —continuó ella— y el nuevo no durará demasiado, y como puedes ver...

Él la interrumpió.

—¿Quizá sea más fácil hablar si viene aquí arriba?

Lila asintió con la cabeza y sopló de alivio. Había comenzado a temer que siguieran navegando y la dejaran ahí para que se ahogara. Lo que, a juzgar por sus tonos de voz libidinosos y sus miradas incluso más lascivas, quizá fuera la mejor opción, pero ahí abajo no tenía nada y ahí arriba tenía una oportunidad.

Lanzaron una soga a un lado; el extremo con peso aterrizó en el agua cerca de sus pies. La agarró y la usó para guiar su navío contra el costado del barco, donde habían bajado una escalerilla; pero antes de que pudiera impulsarse hacia arriba, bajaron dos hombres, que aterrizaron en el bote al lado de ella, lo que hizo que este comenzara a hundirse *considerablemente* más rápido. Ninguno de ellos pareció preocuparse. Uno procedió a acarrear el barril de cerveza y el otro, para el horror de Lila, comenzó a acarrearla a ella. La lanzó sobre su hombro, y a ella le tomó cada gota de autocontrol —que jamás había sido demasiado— no

clavarle un cuchillo en la espalda, especialmente cuando las manos del sujeto comenzaron a desviarse hacia su falda.

Lila se clavó las uñas en las palmas de las manos, y para cuando el hombre finalmente la dejó en la cubierta del barco al lado del barril («Es más pesada de lo que parece —murmuró— y tan solo la mitad de mullida...»), se había hecho ocho pequeñas medias lunas en la piel.

—Bastardo —gruñó Lila en inglés y en voz baja. Él le guiñó un ojo y murmuró algo acerca de que era mullida donde importaba, y Lila juró en silencio que lo mataría. Despacio.

Y entonces se enderezó y se encontró a sí misma parada en el centro de un círculo de marineros.

No, marineros no, por supuesto.

*Piratas.*

Mugrientos, teñidos por el mar y quemados por el sol, con la piel oscurecida y las ropas descoloridas, todos y cada uno de ellos tenía un cuchillo tatuado sobre la garganta. La marca de los piratas del *Ladrón de Cobre*. Contó a siete a su alrededor, cinco que se ocupaban del cordaje y las velas, y supuso que había otra media docena bajo cubierta. Dieciocho. Veinte para redondear.

El hombre flaco como un palo quebró el círculo y dio un paso adelante.

—*Solase* —dijo, abriendo los brazos—. Lo que mis hombres tienen de pelotas les falta de modales. —Llevó la mano al hombro de su vestido verde. Tenía sangre bajo las uñas—. Está temblando.

—He tenido una mala noche —dijo Lila, con la esperanza, mientras observaba a la ruda tripulación, de que no estuviera a punto de ponerse peor.

El hombre flaco sonrió, su boca, sorprendentemente, estaba llena de dientes.

—*Anesh* —dijo—, pero está en mejores manos ahora.

Lila conocía lo suficiente sobre la tripulación del *Ladrón de Cobre* como para saber que eso era mentira, pero fingió

ignorancia.

—¿Las manos de quién serían esas? —preguntó, al mismo tiempo que la figura esquelética le tomaba los dedos y presionaba sus labios cortados contra los nudillos, ignorando la soga que aún estaba enrollada con fuerza alrededor de sus muñecas.

—Baliz Kasnov —contestó él—, el ilustre capitán del *Ladrón de Cobre*.

Perfecto. Kasnov era una leyenda del mar arnesiano. Su tripulación era pequeña pero diligente, y tenían una afición por abordar barcos y cortar pescuezos en las horas más oscuras que preceden al amanecer para luego esfumarse con el cargamento y dejar atrás a los muertos en su putrefacción. Él podía parecer famélico, pero era un conocido glotón de tesoros, especialmente los que se pueden consumir, y Lila sabía que el *Ladrón de Cobre* estaba navegando hacia la costa norte de una ciudad llamada Sol con la esperanza de tenderles una emboscada a los dueños de un envío particularmente grande de licor fino.

—Baliz Kasnov —dijo ella, pronunciando el nombre como si nunca lo hubiese escuchado.

—¿Y usted es? —presionó él.

—Delilah Bard —respondió—. Anteriormente del *Golden Fish*.

—¿Anteriormente? —apuntó Kasnov, mientras sus hombres, evidentemente aburridos por el hecho de que ella todavía estuviera vestida, comenzaban a meterse en el casco—. Bueno, señorita Bard —dijo, enlazando un brazo con el de ella con complicidad—. ¿Por qué no me cuenta cómo fue que terminó en ese pequeño bote? El mar no es un lugar para una joven dama como usted.

—*Vaskens* —dijo ella (*piratas*), como si no tuviese idea de que esa palabra definía también a los hombres ahí presentes—. Robaron mi barco. Era un regalo de mi padre por mi boda. Se suponía que debíamos navegar hacia Faro, partimos dos noches atrás, pero salieron de la nada y ataca-

ron el *Golden Fish*... —Había practicado este discurso, no solo las palabras sino también las pausas—. Ellos... mataron a mi esposo. A mi capitán. A la mayor parte de mi tripulación. —Aquí Lila volvió al inglés—. Pasó tan rápido... —Se pescó a sí misma, como si el desliz hubiese sido casual.

Pero enganchó la atención del capitán, como un pez en un anzuelo.

—¿De dónde es?

—De Londres —dijo Lila, dejando que se notara su acento. Un murmullo recorrió el grupo. Ella continuó, decidida a terminar su historia—. El *Fish* era pequeño —dijo—, peropreciado. Cargado con provisiones para un mes. Comida, bebida... dinero. Como dije, era un regalo. Y ahora todo ha desaparecido.

Pero en realidad no, todavía no. Miró hacia atrás por sobre el barandal. El barco era un borrón de luz sobre el lejano horizonte. Había detenido su retirada y parecía estar esperando. Los piratas siguieron la dirección de su mirada con ojos hambrientos.

—¿Cuántos hombres eran? —preguntó Kasnov.

—Suficientes —respondió ella—. ¿Siete, ocho?

Los piratas sonrieron con avaricia, y Lila supo lo que estaban pensando. Superaban dos veces ese número y tenían un barco que se escondía como una sombra en la oscuridad. Si pudiesen alcanzar el botín en fuga... Pudo sentir los ojos hundidos de Baliz Kasnov que la examinaban detenidamente. Ella le devolvió la mirada y se preguntó, sin reparar demasiado en ello, si él tendría algo de magia. La mayoría de los barcos estaban protegidos con un puñado de hechizos —cosas que hacían sus vidas más seguras y más convenientes—, pero a ella le había sorprendido mucho descubrir que la mayoría de los hombres que conocía en el mar tenían poca predisposición hacia las artes elementales. Alucard decía que el dominio de la magia era una habilidad valorada y que la verdadera afinidad podía conseguir un lucrativo empleo en tierra. Los magos en el mar casi siempre

se enfocaban en los elementos de relevancia —agua y viento—, pero pocas manos podían cambiar la marea, y al final la mayoría aún prefería el viejo y querido acero. Algo que Lila realmente podía apreciar, dado que actualmente llevaba varias piezas escondidas en su persona.

—¿Por qué la perdonaron? —preguntó Kasnov.

—¿Lo hicieron? —desafió Lila.

El capitán se lamió los labios. Ya había decidido qué hacer con el barco, Lila lo podía percibir; ahora estaba decidiendo qué hacer con ella. Los Ladrones de Cobre no tenían reputación de ser misericordiosos.

—Baliz... —dijo uno de los piratas, un hombre con la piel más oscura que el resto. Apretó el hombro de su capitán y le susurró al oído. Lila solo pudo discernir unas pocas palabras murmuradas. *Londinenses. Ricos. Y rescate.*

Una sonrisa se dibujó lentamente en los labios del capitán.

—Anesh —dijo, asintiendo con la cabeza. Y después, ordenó a toda la tripulación ahí reunida—: ¡Icen las velas! ¡Curso al sur por el oeste! Tenemos un *pez dorado* que atrapar.

Los hombres murmuraron su aprobación.

—Mi *lady* —dijo Kasnov, guiando a Lila hacia los escalones—, ha tenido una noche dura. Déjeme mostrarle mi camarote, donde seguramente estará más cómoda.

Detrás de sí, Lila escuchó los sonidos que hacía el barril al ser abierto y la cerveza al ser servida, y sonrió mientras el capitán la llevaba bajo cubierta.



Kasnov no se quedó, gracias a Dios.

La depositó en sus cuartos —ella seguía con la soga alrededor de las muñecas— y se había esfumado, cerrando la